

AMANE CER EN PRIMAVERA

El sol aparece en el horizonte inundando de luz el paisaje. El cielo está diáfano, como si una mano invisible lo hubiese limpiado con la esponja húmeda de las nubes que, durante la noche, dejaron caer lluvia menuda y suave. De la tierra mojada, se eleva un vaho difuso y tenue. Despierta la vida. Se desperezan las plantas, sacudiendo con la brisa las gotas de agua depositadas en sus hojas, de un verde explosivo. Abren sus pétalos las flores, para recibir la cálida caricia del padre sol y pintan de amarillo, rosa, rojo, violeta, en todos los tonos y matices, la alfombra viva que cubre la superficie.

Desde su nido el gorrión dirige la somnolienta mirada hacia el exterior y sacude sus alas como en un bostezo. La noche ha pasado y el día luminoso, algo frío, invita al vuelo, a la acrobacia, al piar alegre, a la búsqueda de alimento.

El conejo asoma la cabeza desde su madriguera, con las orejas tiesas y atentas, los ojos vivos, mientras agita el hociquillo olisqueando. Cerca se mueve, con lentitud silenciosa, un gusano, tratando de encontrar el árbol de hojas suculentas. La araña reemprende la tarea de recomponer sus redes, deterioradas por el viento nocturno. Las abejas inician sus vuelos laboriosos hacia las flores, que les ofrecen apetitosos jugos, como pago de la celestinesca mediación fecundadora, de los servicios de transporte amoroso que realizan.

Todo empieza a moverse, a agitarse, a bullir. La vida, la espléndida y maravillosa vida, distinta, varia, diversa, pero siempre emocionante y bella, despierta por doquier y corre, y vuela, y trepa entre ruidos y murmullos apenas perceptibles, en una actividad febril e incesante, bajo la fuente de energía y

calor que la ilumina y desentumece y sobre esa capa fértil de la madre tierra, que le da apoyo, cobijo y sustento.